

La persona en Simone Weil: ¿una idea en transformación?

The person in Simone Weil: an idea in transformation?

CARMEN HERRANDO CUGOTA*

Resumen: Al final de su vida, en Londres, Simone Weil escribe el que para muchos de sus estudiosos es su testamento espiritual: *La persona y lo sagrado*. Se trata de un texto corto —unas veinte páginas— que contiene una noción de persona muy diferente de la defendida entonces por los llamados personalistas. La filósofa no comprende la persona como la entendían Mounier y los miembros del círculo de la revista *Esprit*. Para ella, por ejemplo, lo sagrado en el ser humano no es la persona, sino lo impersonal. En el texto indicado aparecen muchas otras afirmaciones de este tenor. Tales consideraciones llevan a preguntar por cómo entendió Simone Weil la idea de persona y cuáles fueron sus fuentes para interpretarla. El artículo trata sobre la idea de persona en la pensadora, en aquel contexto londinense de la Segunda Guerra Mundial. Y ofrece claves para descifrar cierta evolución de la noción de persona en la filosofía weiliana, como su relación estrecha con la realidad de la desgracia en nuestro mundo.

Palabras clave: persona, impersonal, sagrado, desgracia, realidad.

Abstract: At the end of her life, in London, Simone Weil wrote what many of the specialists in her work consider her spiritual testament: *The Person and the Sacred*. This is a short text —about twenty pages— that presents a notion of the person which is very different from that defended at the time by the so-called personalists. The philosopher does not conceive of the person as Mounier and the members of the *Esprit* magazine circle did. For her, for example, what is sacred in the human being is not the person but the impersonal, as evidenced in many passages of the aforementioned text. Such considerations lead to the question of how Simone Weil understood the idea of the person and which sources influenced her interpretation. This article explores Weil's concept of the person within the context of wartime London during World War II. It also provides keys to perceiving a certain evolu-

* Universidad San Jorge (Zaragoza). E-mail: mcherrando@usj.es ORCID: 0000-0003-4314-7080

tion of the notion of the person in Weil's philosophy, particularly its close relationship with the reality of affliction in our world.

Keywords: person, impersonal, sacred, affliction, reality.

Recibido 15/03/2025

Aceptado 15/07/2025

Introducción

Simone Weil y sus padres dejaban Francia en mayo de 1942; al ser de origen judío, huían del nazismo. Pero cuando el matrimonio estuvo instalado en Nueva York, la filósofa regresó a Europa, concretamente a Londres, en donde trabajó con la Resistencia revisando documentos y poniendo por escrito su visión de la Francia que habría de llegar tras la guerra.

En Londres escribió *L'Enracinement* (el arraigo), una de sus obras principales, considerada un "tratado de civilización" por Albert Camus, su primer editor en 1949. Al par que este texto esencial, Simone Weil redactó muchos otros, entre los que destaca el considerado su testamento filosófico por muchos de sus estudiosos: *La personne et le sacré* (la persona y lo sagrado). La lectura de este texto puede desconcertar a quienes valoran la noción de persona como lo hace la corriente personalista.

Ante *La persona y lo sagrado*, cabe preguntarse si Simone Weil llegó a conocer el personalismo tal como lo presentaron Mounier y los autores que escribieron en *Esprit* y participaron en los grupos de acción y reflexión gestados en torno a la revista. La respuesta es "no". Mounier fundaba la revista *Esprit* en 1932, cuando la pensadora era profesora de filosofía en diversos liceos de provincia. Hay constancia de que leía *Esprit* con cierta asiduidad, al menos a partir de 1936, pues este año, cuando trabajaba en el instituto de Bourges, asistió a una conferencia organizada por el grupo *Esprit* y dictada por Jacques Lafitte, que versaba sobre la ciencia de las máquinas. Por lo demás, en el borrador de una carta de 1940 dirigida a Émile Dermenghem a propósito de un artículo suyo sobre Marruecos publicado en *Esprit*, escribe que ha estado "más o menos en relación con el grupo *Esprit*, aunque no se pueda considerar una colaboradora de la revista"¹.

¹ S. PÉTREMENT, *La vie de Simone Weil*, Arthème Fayard, Paris 1997, p. 521.

La firma de Simone Weil aparece una vez en las páginas de *Esprit*, en abril de 1938. Escribió a Mounier sobre un anarquista español acusado de un delito, en el contexto de un conflicto sindical. Pero se conservan al menos dos borradores de otras cartas dirigidas a Mounier². Sabemos, por otra parte, que se pensó en ella en varias ocasiones como posible autora en la revista fundada por Mounier, pues los miembros del consejo editorial conocían su valía y la lucidez de su pensamiento. Prueba de ello es que el nombre de Simone Weil figura no pocas veces en las páginas de *Esprit*, en comentarios sobre artículos suyos publicados en otros medios, siempre en tono elogioso y favorable a sus posiciones. Es muy probable que la manifiesta indiferencia de Emmanuel Mounier ante el dinero o la fama despertara en ella simpatía hacia él; lo muestra el encabezamiento afectuoso de la mencionada carta: “Mi querido Mounier”³. Mounier era el principal representante de la filosofía personalista en aquellos años. Sin embargo, en las líneas enviadas por Simone Weil al pensador personalista no hay mención al personalismo ni a nada relacionado con el concepto de persona, como si no vinculara a Mounier con la corriente personalista.

De personalismo trata el libro de Charles Renouvier *Le personnalisme. Suivi d'une Étude sur la perception externe et sur la force*, publicado en 1903. Pero no tuvo más repercusión que la de los grandes discursos académicos intrascendentes. Sin embargo, en los años treinta, el “personalismo” fue adoptado por movimientos más o menos inconformistas como *Ordre Nouveau* o *Jeune droite*; también lo adoptaría *Esprit*, naturalmente, pero desde una perspectiva diferente. Contra la doctrina de estos movimientos cargaría Simone Weil, aunque sin mencionarlos; tampoco parece que los relacionara con la revista y los grupos *Esprit*, de modo que se puede afirmar que la filósofa no identificó el “personalismo” más oficial o académico con la labor que desde *Esprit* y los grupos de su entorno llevaba a cabo Mounier.

La personne et le sacré comenzó siendo un trabajo sobre las nociones “colectividad, persona, impersonal, derecho y justicia”; primero llevó el subtítulo: “¿Hay que conservar el vocabulario personalista?” (OC V 1, 205)⁴. Apareció por vez primera en diciembre de 1950 en el número 36

² *Bulletin des Amis d'Emmanuel Mounier*, n° 85, marzo de 1996. La citada carta a Mounier aparece en *Esprit* (n° 67, abril de 1938, pp. 156-157). Puede verse en *Cahiers Simone Weil VII*, n° 4, (diciembre de 1984), pp. 313-319.

³ Véase “Una carta de Simone Weil a Emmanuel Mounier”, *Acontecimiento* 100 (3/2011), pp. 34-37. Introducción y traducción de C. HERRANDO.

⁴ S. WEIL, *Œuvres complètes* V, 1, Gallimard, Paris 2019, p. 205. En el escrito original, S. Weil tacha la palabra “conservar” y la sustituye por “reemplazar”. En español, “La persona

de *La table ronde* (páginas 3-33) bajo el título “La personnalité humaine, le juste et l’injuste”. Finalmente, al publicar los *Escritos de Londres*⁵, los editores le dieron el título con el que hoy lo conocemos: *La persona y lo sagrado*, como se nombrará en adelante.

La simpatía brindada a Mounier no se repite con Jacques Maritain, otro representante de la corriente personalista. Simone Weil conoció a Maritain en 1942 en Nueva York, en la recepción oficial del 14 de julio, día de la fiesta nacional francesa. Aquel año se inauguraba la *École Libre de Hauts Études* en donde trabajaban Maritain y otros universitarios en el exilio, y la recepción coincidió con esta inauguración. Simone Weil y sus padres habían llegado a Nueva York una semana antes; ella traía cartas para Maritain. Además, como francés de relevancia en los Estados Unidos, quiso someter a su juicio el “Proyecto de enfermeras en primera línea de fuego” que había redactado en Marsella, un plan de actuación en el frente de guerra y su aportación personal para atenuar el sufrimiento de los soldados. La filósofa se aferró a este proyecto y en América lo presentó a cuantas personas influyentes pudo. También sabía de la conversión al catolicismo de Maritain junto a su esposa Raïsa, y quería compartir con él sus inquietudes religiosas, pues seguía indagando en la posibilidad de recibir el bautismo. Estas últimas confidencias se las haría epistolarmente: Weil y Maritain intercambiaron tres cartas durante el verano de 1942 porque el pensador pasaba sus vacaciones fuera de Nueva York. No volvieron a verse.

1. Londres

Contratada como “redactora”, en Londres, Simone Weil revisa documentos y escribe sobre la Francia que habrá de renacer tras la contienda. Su obra más representativa de esta época la considera ella misma su “segunda gran obra”: *L’Enracinement*, un texto de pensamiento político y hondo calado filosófico, que comienza con estas palabras:

La noción de obligación prima sobre la noción de derecho, que le está subordinada y se relaciona con ella. Un derecho no es efectivo por sí mismo, sino por la obligación a la que corresponde; el cumplimiento efectivo de un derecho no proviene de quien lo posee, sino de los demás hombres que se reconocen obligados a algo con respecto a él. La obligación es efectiva desde el momento

y lo sagrado” está en *Escritos de Londres y últimas cartas* (Trotta, Madrid 2000. Traducido por Maite Larrauri).

⁵ S. WEIL, *Écrits de Londres*, Gallimard, Paris 1957.

en que se reconoce. Una obligación, aunque no fuera reconocida por nadie, no perdería nada de la plenitud de su ser. Un derecho que no es reconocido por nadie no es gran cosa⁶.

Su posición es clara: las obligaciones están por encima de los derechos. Era importante tenerlo en cuenta para no errar el punto de partida a la hora de reconstruir aquella Francia y aquella Europa desoladas. Al procurar una doctrina política para la Resistencia, el general De Gaulle consideró el pensamiento de Jacques Maritain, uno de los intelectuales franceses con más predicamento y a la sazón en los Estados Unidos. En 1942, se publica en Nueva York *Les droits de l'homme et la loi naturelle* (Los derechos humanos y la ley natural), de Jacques Maritain, libro importante para los dirigentes de “Francia combatiente” (“Francia libre” se transformó en “Francia combatiente” durante el verano de 1942). Este trabajo inspiró la conferencia que André Philip —responsable de interior de Francia en el exilio— dictaba en Nueva York el 7 de noviembre de 1942: “Los fundamentos jurídicos y morales de la resistencia francesa”, e inspiraría igualmente la Declaración de derechos del hombre y el ciudadano emitida en 1943.

Simone Weil leyó el libro de Maritain en Nueva York. Llegaba a Londres a fines de diciembre de 1942, admitida precisamente por André Philip y bajo su responsabilidad. Durante los primeros meses de 1943 trabajó en la Comisión que preparaba la mencionada Declaración, encargada además de completar la Declaración de 1789 con un código de deberes hacia los seres humanos. Se implicó mucho en este trabajo y así consta en varios documentos de Francia combatiente. Pero en cuanto se apercebó de que los derechos se imponían sobre los deberes, su actitud se tornó combativa y, en aquel clima de tensiones, todavía en plena guerra, generó desavenencias y se distanció del equipo de trabajo. Hizo lo imposible para hacer ver a sus compañeros la importancia de partir de las obligaciones y no de los derechos, pero no la comprendieron. Los desacuerdos la llevaron a aislarse; trabajó intensamente, pero ella sola, desconcertada por la falta de horizonte de los miembros de la Comisión. A mediados de abril la hallaron desvanecida en su cuarto y fue trasladada al hospital Middlesex; desde allí presentó su carta de dimisión a los responsables de la Resistencia el 26 de julio. No saldría del hospital sino para ser trasladada a un sanatorio del condado de Kent, en Ashford, en donde su vida se apagaba el 24 de agosto, diez días después de que la Co-

⁶ S. WEIL, *Œuvres complètes* V, 2, Gallimard, Paris 2013, p. 111. *L'Enracinement* está editado en español como *Echar raíces* (Trota, Madrid 2014), con traducción de J. C. González Pont y presentación de J. R. Capella.

misión en la que había trabajado presentase su Declaración de derechos del hombre y del ciudadano.

2. La persona y lo sagrado. Un texto emblemático

Simone Weil escribe en Londres *La persona y lo sagrado*, en donde aborda la noción de persona cuestionando el sentido que le dan los llamados personalistas. Pero conviene indicar, como se ha adelantado, que la filósofa ignoró dicho sentido, al menos como lo plantearon Mounier y los pensadores de su círculo; se acogió más bien a la interpretación de persona referida por los personalistas académicos y a la expuesta en el aludido libro de Maritain. No obstante, algunos estudiosos de su pensamiento consideran que pudo llegar a vislumbrar lo que significaba “persona” en el entorno de *Esprit* a raíz de la lectura de un artículo de Jean Lacroix.

En el libro de Maritain publicado en Nueva York, Simone Weil halló una expresión ante la que reaccionó con vehemencia: “derechos de la persona humana”; contra su contenido escribió tanto en *L'Enracinement* como en *La persona y lo sagrado*, los trabajos más importantes redactados en Londres y a los que se dedicó con una intensidad extraordinaria en el estado en que se encontraba, pues pronto le diagnosticaron tuberculosis. En el último de ellos anota que las nociones de “derecho” y “persona” se quedan cortas y no aportan solución alguna a la situación de Europa: “Amalgamar dos nociones insuficientes hablando de derechos de la persona humana no nos llevará lejos”⁷. Y subraya que la noción de derecho lanzada en 1789 no ha logrado cumplir con la misión que le fue confiada; lo mismo sucede con la de persona. Critica así en el libro de Maritain el “grave” elogio a la persona llevado a cabo por el autor cuando le atribuye el respeto, lo sagrado, el derecho, el crecimiento y la realización, algo que ella jamás le habría imputado; y acusa a Maritain de crear confusión con sus nociones de persona y derecho. La razón esencial es que, para la filósofa, persona es precisamente cuanto en el ser humano dice “yo”. Es claro que equipara persona e individuo, lo que no hizo Mounier, para quien la persona es mucho más que el individuo; Mounier combatió precisamente el individualismo como contrario a la esencia de lo personal.

En el planteamiento weiliano de la persona hay que ver un fondo místico, relacionado con la evolución espiritual de la pensadora, sobre todo desde que lee a san Juan de la Cruz en otoño de 1941. La obra del místico español confirma a Simone Weil en su vivencia profunda de va-

⁷ S. WEIL, *Œuvres complètes* V, 1, cit., p. 213.

ciamiento y desposesión. Ateniéndose a la doctrina sanjuanista y a su propia experiencia, pero teniendo igualmente en cuenta consideraciones de otras tradiciones espirituales, le repugna cualquier concepción que sitúe a la persona en el centro porque la interpreta como fuente de vanidad, como absurdo y sin raíces en lo real. Al ahondar en ello, adopta la noción de *impersonal* y la opone a la de persona, vinculando así lo *impersonal* con lo sobrenatural y lo sagrado y reservando lo “personal” para la señalada centralidad que autores como Maritain otorgan a la persona. “En cada hombre hay algo sagrado. Pero no es su persona. Tampoco es la persona humana. Es él, ese hombre, simplemente”⁸, escribe Simone Weil. La fuente de lo sagrado en el hombre es, para ella, impersonal: “Lo que es impersonal en el hombre es sagrado, y solo eso”⁹. La razón de fondo es esta constatación: todo ser humano espera el bien de sus semejantes; en el bien está la sola fuente de lo sagrado. La filósofa identifica ese bien con Dios.

Desde la más tierna infancia y hasta la tumba hay, en el fondo del corazón de todo ser humano, algo que, a pesar de toda la experiencia de los crímenes cometidos, sufridos y observados, espera invenciblemente que se le haga bien y no mal. Es eso lo que, ante todo, es sagrado en cualquier ser humano¹⁰.

En estas palabras hay ecos de *El libro de los muertos* del Antiguo Egipto, lectura que inspiró a la filósofa al tratar sobre la atención al otro y las obligaciones hacia él, como consta en las páginas de *L'Enracinement*. Debido a que los seres humanos esperan el bien de sus semejantes, cuando reciben de ellos un mal, reaccionan preguntando: “¿por qué me haces daño?”. Y si el mal persiste, gritan, protestan y expresan desconcierto ante el dolor que se les inflige. El mismo Cristo pasó por esta experiencia y esto confirma hasta qué punto “el bien es la única fuente de lo sagrado”¹¹. Sin embargo, los desgraciados no se quejan. A ellos dedica la autora reflexiones que no tienen parangón, tanto en *La persona y lo sagrado* como a lo largo de su obra.

Simone Weil relaciona lo sagrado con lo impersonal, con aquello que queda disuelto en el anonimato al desaparecer cualquier vestigio del yo. Está convencida de que “las cosas de primerísimo orden son esencialmente anónimas”¹² y están muy por encima de cuanto aporta fama y

⁸ *Ibid.*, p. 212.

⁹ *Ibid.*, p. 216.

¹⁰ *Ibid.*, p. 213.

¹¹ *Ibid.*

¹² *Ibid.*, p. 216.

gloria. La relación que establece entre lo personal y el encumbramiento de la persona observado en la obra de Maritain es evidente. “La persona en nosotros es la parte en nosotros del error y del pecado”¹³, escribe. Y, para subrayar lo impersonal, se acoge a la autoridad del Evangelio: “Dios hace salir el sol sobre buenos y malos y manda la lluvia sobre justos e injustos”¹⁴. Pero apela también a las enseñanzas de la mística universal: “El esfuerzo de los místicos siempre ha tenido por objeto que en su alma no hubiese parte alguna que dijera ‘yo’”¹⁵.

En cualquier caso, lo impersonal nunca será disolución del individuo en lo colectivo: aquello que en los seres humanos dice “nosotros” es “infinitamente más peligroso” para Simone Weil. La filósofa equipara lo social al “gran animal” denunciado por Platón en *República* y abomina de su carácter idólatra: “la colectividad es ajena a lo sagrado”¹⁶, escribe. Los seres humanos han de huir de lo colectivo para no quedar asfixiados. Pero la persona —tal como, según ella, la entienden los “personalistas”— tiende inexorablemente al gregarismo. ¿Cómo evitarlo? Solo se huye de él “elevándose por encima de lo personal”¹⁷. El paso de lo individual a lo impersonal es clave en el pensamiento weiliano¹⁸.

Simone Weil no separa su pensamiento de la acción. El trabajo que se le confía en Londres consiste en presentar su visión de la Francia y la Europa del mañana, y es una tarea urgente. Su labor de reflexión consiste ante todo en una lectura de la realidad a la luz de la verdad, pues verdad y realidad son para ella dos caras de una misma moneda: “La verdad es el fulgor de la realidad”¹⁹, escribe en *L'Enracinement*; en esta “lectura” atenta consistió su vocación.

Volcarse en lo real requiere tener la conciencia y la atención despiertas e iluminadas. Simone Weil llega al convencimiento de que, con esta actitud, en el terreno impersonal se adquiere luz, pero también mayor responsabilidad y compromiso. Podría decirse que en *La persona y lo sagrado* va de la conciencia personal a la realidad, y vuelve de nuevo a la conciencia, en un ejercicio admirable de probidad intelectual. Pensamiento riguroso y claridad de lenguaje son sus banderas en la vivencia de una vocación a la verdad emprendida con solo catorce años:

¹³ *Ibid.*, p. 217.

¹⁴ Mt 5, 45.

¹⁵ S. WEIL, *Œuvres complètes* V, 1, cit., p. 217.

¹⁶ *Ibid.*, p. 217.

¹⁷ *Ibid.*, p. 218.

¹⁸ Véase M. BROU-LAPEYRE, *Le passage de la personne à l'impersonnel*, en FRANÇOIS L'YVONNET (dir.), *Simone Weil. Le grand passage*, Albin Michel, Paris 1994.

¹⁹ S. WEIL, *Œuvres complètes* V, 2, cit., p. 319.

A los catorce años caí en una de esas desesperaciones sin fondo de la adolescencia, y pensé seriamente en morir debido a la mediocridad de mis facultades naturales. Los extraordinarios dones de mi hermano, que tuvo una infancia y una juventud comparables a las de Pascal, me forzaron a tomar conciencia de mi mediocridad. No lamentaba éxitos externos, sino no tener acceso alguno a ese reino trascendente en el que habita la verdad, en el que únicamente entran los hombres auténticamente grandes. Prefería morir a vivir sin ella [la verdad]. Tras meses de tinieblas interiores, tuve de repente y para siempre la certeza de que cualquier ser humano, aun si sus facultades naturales son casi nulas, entra en ese reino de la verdad reservado al genio tan solo con el deseo de la verdad y haciendo un esfuerzo permanente de atención para alcanzarla²⁰.

En aquella Europa todavía en guerra, la filósofa piensa aspectos esenciales de la civilización cuya reconstrucción es apremiante: desde la educación de los jóvenes hasta la importancia del ejercicio del pensamiento en todos y cada uno de los ciudadanos: reflexionar, meditar... mirada amplia como arma frente al totalitarismo. “La corriente idólatra del totalitarismo solo halla obstáculos en una vida espiritual auténtica”²¹, leemos en las páginas de *L'Enracinement*.

3. Impersonal y colectivo

Simone Weil enfoca lo colectivo y lo impersonal como polos opuestos; podrían ponerse en paralelo con la polaridad establecida por Mounier entre el individualismo —frente a lo personal— y lo comunitario como resultado de la esencial apertura en que consiste la persona. Muchos de los defectos que la filósofa atribuye a la persona, Mounier los reprocha al individuo. Como observa Simone Fraisse, la idea de persona tratada por Simone Weil es problemática, tanto en su contenido como por el uso que hace del término²². Por ejemplo, cuando expresa que “la persona no se siente sagrada porque no lo es”²³, alude más al “personaje” que a lo que Mounier y los personalistas de su círculo entienden realmente por persona. El prestigio de lo social arrastra a esa “persona/personaje” y explica actitudes ególatras que tornan inauténticos a los seres humanos, ya sea porque quedan disueltos en el anonimato del grupo

²⁰ S. WEIL, *Attente de Dieu*, Fayard, Paris 1966, pp. 38-39.

²¹ S. WEIL, *Œuvres complètes* V, 2, cit., p. 184.

²² S. FRAISSE, *Cahiers Simone Weil*, t VII, n° 2, junio 1984, p. 121.

²³ S. WEIL, *Œuvres complètes* V, 1, cit., p. 219.

o porque despiertan en ellos deseos de destacar y brillar. Lo impersonal, sin embargo, no es ni el resplandor externo ni lo que queda en secreto, sino un amarre de orden místico, una raíz del alma que permanece sujeta al Bien. El Bien está fuera y se nos da por gracia. La filósofa lo identifica con Dios, y descubre su presencia en cada ser humano a modo de un infinitamente pequeño semejante al grano de mostaza del Evangelio, la más pequeña de las semillas, o a la pepita de granada que se traga Proserpina en la tradición griega²⁴.

Simone Weil invita a cultivar la parte impersonal del alma desde la atención y el silencio, cuidando y nutriendo la vida interior, de la que forma parte el pensamiento. Tal cultivo se ejercita también con el trabajo cotidiano, cuyo vínculo con lo real es capital, pues supone un contacto directo con la materia. La filósofa otorga gran centralidad al trabajo: “Envilecer el trabajo es un sacrilegio”²⁵, afirma, y plantea la urgencia de alumbrar una espiritualidad del trabajo en cuyo seno perviva igualmente lo “impersonal”.

Al tiempo que trata las nociones personal e impersonal, Simone Weil afronta la de derecho. En *La persona y lo sagrado* reprocha al mundo del Derecho su “espíritu mercantil”²⁶, presente ya en 1789, y observa que, cuando median el Derecho y los derechos, las relaciones humanas se impregnan de tintes comerciales. Lo mismo reprocharía a los movimientos obrero y sindical, tan frecuentados por ella durante el ejercicio de su labor docente. Parte de esta confusión en torno a los conceptos de persona y derecho la atribuye a Maritain porque sus textos inducen a errores como “asimilar al derecho natural la ley no escrita de Antígona”²⁷. Maritain presenta a la protagonista de la tragedia de Sófocles como “heroína del derecho natural”, pero, para Simone Weil, la actitud de Antígona no tiene que ver con el derecho, sino con lo “absurdo” del amor sin medida, cualidad similar a la culminada por Cristo con su muerte en la Cruz. “El derecho no tiene ningún vínculo directo con el amor”²⁸, escribe la pensadora; es ajeno tanto al espíritu griego como a la inspiración cristiana, al menos cuando esta carecía de las influencias de Roma y el mundo hebreo²⁹. Su posición queda sintetizada en estas palabras de *La persona y lo sagrado*: “Por naturaleza, la persona está sometida a la colectividad.

²⁴ *Ibid.*, pp. 234-235.

²⁵ *Ibid.*, p. 221.

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Ibid.*, p. 222.

²⁸ *Ibid.*, p. 223.

²⁹ *Ibid.*

Y el derecho, por naturaleza, depende de la fuerza”³⁰. La colectividad y la fuerza son auténticos males para Simone Weil.

La fuente de lo sagrado solo se halla en el Bien, al que el ser humano accede desde el anonimato de lo impersonal. Pero, como se ha indicado, con frecuencia no se recibe el bien esperado y muchas personas no pueden ni siquiera lanzar un lamento de protesta.

“En quienes han sufrido demasiados golpes, como los esclavos, esa parte del corazón a la que el mal infligido hace gritar espontáneamente parece muerta. Pero nunca lo está del todo. Tan solo ya no puede gritar y queda en un gemido sordo e ininterrumpido.

Pero hasta en quienes el poder de gritar está intacto, el grito no logra expresarse ni hacia dentro ni hacia afuera con palabras seguidas. Y con frecuencia sucede que las palabras que tratan de traducirlo suenan completamente falsas.

Eso es tanto más inevitable cuanto que quienes más a menudo tienen ocasión de sentir que se les hace daño son los que menos saben hablar. Nada más horrible, por ejemplo, que ver en un tribunal a un desgraciado balbuceando frente al juez mientras este, con lenguaje elegante, expresa bromas divertidas”³¹.

La persona y lo sagrado constituye una defensa de los oprimidos y de los seres de desgracia, verdaderos protagonistas del drama social. Para Simone Weil, ellos son los más perjudicados por la confusión creada al orientar mal las nociones de derecho y persona:

“La noción de derecho arrastra con ella la de persona, por su propia mediocridad, pues el derecho tiene que ver con las cosas personales. Se sitúa en ese nivel.

Añadiendo a la palabra derecho de la persona, lo que implica en el derecho de la persona eso que se llama realización personal, se cometería un mal aún más grave. El grito de los oprimidos descendería todavía más por debajo del tono de la reivindicación y adoptaría así el de la envidia”³².

Si las nociones teóricas de persona y derecho resultan ajenas al bien, la filósofa destaca otra idea cuyo cumplimiento “es siempre un bien, en todas partes”: la obligación. Junto a la verdad, la belleza, la justicia y la

³⁰ *Ibid.*, p. 222.

³¹ *Ibid.*, pp. 214-215.

³² *Ibid.*, p. 224.

compasión, la obligación es un bien siempre y en todas partes³³. Por eso, su segunda “gran obra” —*L’Enracinement* o *El arraigo*— lleva por título “Preludio para una declaración de los deberes para con los seres humanos”.

4. Los desgraciados

“Los desgraciados suplican en silencio que se les dote de palabras para expresarse”³⁴. Simone Weil reconoce que en algunas épocas se les suministraron palabras, pero inadecuadas, pues quienes las eligieron eran ajenos a la desgracia. Es uno de los grandes problemas de las sociedades humanas, muy difícil de acometer porque “al pensamiento le repugna pensar en la desgracia tanto como a la carne le repugna la muerte”³⁵. La desgracia es una realidad que la autora conoció muy bien y está en el núcleo de su interpretación de la persona. Lo más dramático es la dificultad casi infranqueable para acceder a la realidad de la desgracia, pues para entrar en el mundo de los desgraciados hay que haber tocado existencialmente la desdicha y hasta hacerse un desgraciado, como le sucedió a la propia Simone Weil. No hay otra vía de acceso que la que ofrece un cambio de nivel, un “salto” al plano sobrenatural, apelando a la “luz que cae continuamente del cielo”³⁶ como la sola capaz de ofrecer energía a un árbol que hunde sus raíces en la tierra, pero sabiendo que, en realidad, “el árbol está arraigado en el cielo”³⁷. Aunque esta expresión evoque mundos lejanos, para la filósofa revela algo que se le hace cotidiano en los últimos años de su vida: lo sobrenatural. Supo acogerlo como parte de lo real y entenderlo, ejercitando la inteligencia y purificando la atención, desde el deseo más hondo, firmemente confiada en aquella revelación de sus catorce años. “Solo lo que viene del cielo es susceptible de imprimir realmente una marca sobre la tierra”³⁸, leemos en *La persona y lo sagrado*. La vida humana gira en torno al bien y a la verdad; cultivar el interior en esta perspectiva es tarea ineludible que cuenta con el don de la gracia.

En su radicalidad de vida y por su compromiso con la verdad, Simone Weil se expresa con claridad admirable. Sensible al significado de las cosas y al valor del lenguaje, escribe: “poner en boca de los desgraciados palabras pertenecientes a la región media de los valores, como demo-

³³ *Ibid.*, p. 226.

³⁴ *Ibid.*, p. 225.

³⁵ *Ibid.*

³⁶ *Ibid.*, p. 226.

³⁷ *Ibid.*

³⁸ *Ibid.*

cracia, derecho o persona, es hacerles un regalo que no es susceptible de traerles ningún bien y les hace inevitablemente mucho daño”³⁹. PlanTEAMIENTO acorde con su concepción de la persona y el derecho. ¿Habría afirmado lo mismo si hubiese conocido lo que significa persona en la perspectiva de Mounier?

En *La persona y lo sagrado* es esencial la ya mencionada pregunta que lanzan quienes, esperando un bien, solo reciben daño. Cuando se trata de verdaderos seres de desgracia, apenas formulan la pregunta y aún menos gritan quejándose; son incapaces. Teniéndolos presentes, la filósofa escribe estas palabras sorprendentes:

Un tonto de pueblo, en el sentido literal de la palabra, que ame realmente la verdad, aunque no emitiera más que balbuceos, es por el pensamiento infinitamente superior a Aristóteles. Está infinitamente más cerca de Platón de lo que Aristóteles lo haya estado jamás. Tiene genio, mientras que a Aristóteles solo le conviene la palabra talento⁴⁰.

Los desgraciados son seres especiales para Simone Weil. De ellos destaca justamente la dimensión impersonal, avalada por la virtud de la humildad: “el genio real no es sino la virtud sobrenatural de la humildad en el campo del pensamiento”⁴¹; pero los desdichados lo ignoran. Solo los héroes puros —los santos o los auténticos genios— pueden socorrer a los desgraciados. Nadie más. Por incompreensión de la raíz impersonal en ellos. Considera así categóricamente que “el pensamiento humano no puede reconocer la realidad de la desgracia”⁴², y la prueba es que nadie se acerca de verdad a los desgraciados. Tampoco a la verdad. Su propia experiencia está marcada por estas dos realidades profundamente humanas y humanizadoras entre las que existe un vínculo espontáneo: ambas suplican sin voz. “Hay una alianza natural entre la verdad y la desgracia porque una y otra son suplicantes mudas, condenadas eternamente a permanecer sin voz ante nosotros”⁴³. Tal afirmación resume la vida y la obra de Simone Weil.

No le falta razón a la filósofa cuando sostiene que en el origen del estado de cosas al que asiste está la falta de vida espiritual de sus contemporáneos. ¿Diagnóstico exagerado? Del tiempo en que está en Londres

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ *Ibid.*, p. 227.

⁴¹ *Ibid.*

⁴² *Ibid.*, p. 230.

⁴³ *Ibid.*, p. 228.

data *La abolición del hombre*, de C. S. Lewis⁴⁴, por poner un ejemplo del trabajo de alguien que admitiría el dictamen. En los últimos meses de su vida, Simone Weil parece profetizar lo que iba a suceder si prevalecían los derechos sobre las obligaciones. Su futuro es nuestro presente, y hoy recogemos los frutos: reivindicaciones sinnúmero de los propios derechos, sin alusión a obligaciones hacia los semejantes, y un individualismo exasperado que fulmina cuantiosos conatos de gratuidad. La pensadora desenmascara los problemas de fondo de la política, provocados por falta de atención al bien (y a la verdad y a la justicia y a la belleza) y a quienes albergan su semilla, esto es, todos los seres humanos y, entre ellos, particularmente los desgraciados. Como quienes conducen la vida social y política, estudiando conflictos y proyectando soluciones, “tienen el monopolio del lenguaje”, llegan a formar “una categoría de privilegiados” incapaces de entender que ninguna prerrogativa vale la pena⁴⁵. “Muchas verdades indispensables que salvarían a los hombres” no se dicen —así reflexiona Simone Weil— porque “quienes podrían decirlas no pueden formularlas y quienes podrían formularlas no pueden decirlas”⁴⁶. Y se fija una vez más en los desgraciados, a quienes los líderes ignoran porque desconocen la condición humana; no les prestan atención, y así no se puede remediar el drama social. La política era tarea imposible en la época devastadora en la que vive nuestra pensadora, a pesar de la esperanza que suscita toda una civilización por reconstruir. Aquel estado de cosas y la mentalidad reinante aún dificultaban más las posibles soluciones; fueron tiempos de “inteligencia oscurecida”⁴⁷ y la pensadora se pronunció con mucho dolor ante ellos.

Hoy asistimos a un mundo en el que se siembra la confusión por todas partes; la prevalencia desmedida de los derechos favorece esta situación. Nuestra autora profetizó, en cierto sentido, el “desorden establecido” al que a su vez también se refirió Emmanuel Mounier⁴⁸.

La desgracia es clave en el pensamiento weiliano, orientado desde la raíz a acoger y comprender a los marginales y desgraciados, entre los que ella misma se contaba. Se lo escribe a su madre veinte días antes de morir: “¿notas la afinidad, la analogía esencial entre estos locos [personajes de Shakespeare o de Velázquez, seres desgraciados como el rey Lear o los enanos de la corte española] y yo, pese a la Escuela, la agregación

⁴⁴ C. S. LEWIS, *La abolición del hombre*, Ediciones Encuentro, Madrid 1998.

⁴⁵ S. WEIL, *Œuvres complètes* V, 1, cit., p. 224.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 225.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 224.

⁴⁸ Véase, por ejemplo, el número de *Esprit* de (marzo de 1933): *Rupture de l'ordre chrétien et du désordre établi*.

o los elogios a mi inteligencia?”⁴⁹. Por su particular vivencia de la verdad y la desgracia, Simone Weil adopta para sí la imagen del “tonto de pueblo”. El vínculo entre la verdad y la desgracia expresa en su caso su misión entre la mística y la política, que hallamos también en la vivencia de Mounier. En ella, sin embargo, el vínculo de mística y política centra el pensamiento y la acción en “velar por que no se haga mal a los hombres”⁵⁰, a sabiendas de que los seres humanos contamos con el apoyo de la Sabiduría eterna y esta “no deja el alma humana por entero a merced del azar de los acontecimientos y la querencia de los hombres”⁵¹. A la pregunta: ¿qué puede liberar a los desgraciados de esa “lepra del alma” que es el horror que sienten por ellos mismos?, responde Simone Weil desde su espera confiada en la intervención de la gracia, sabiendo a la vez que “no se entra en la verdad sin haber pasado por el propio aniquilamiento”⁵².

Solo la operación sobrenatural de la gracia hace pasar al alma por su propio anonadamiento hasta el lugar en donde se recoge la especie de atención, la única que permite estar atento a la verdad y a la desgracia. La misma para los dos objetos. Una atención intensa, pura, sin motivo, gratuita, generosa, Y esta atención es amor⁵³.

Las obligaciones hacia los demás permiten dar el paso hacia una sabiduría que alberga una forma de vida de fondo místico, centrada en el modelo de Cristo.

5. Dios, Persona impersonal

Simone Weil concibe a Dios como “Persona impersonal”. Así lo presenta en sus Cuadernos y más específicamente en un texto redactado en Marsella poco antes de partir hacia los Estados Unidos, a petición del dominico Joseph-Marie Perrin, con quien conversó detenidamente sobre el cristianismo y las condiciones para recibir el bautismo católico. Admirado ante su vivencia interior, el religioso le pidió poner por escrito sus pensamientos sobre Dios; el resultado fue el ensayo “Formas del amor implícito a Dios”⁵⁴, en donde plasma la “obligación permanente” de amor de los seres humanos, que culmina con el amor a Dios. Se trata de un texto

⁴⁹ S. WEIL, *Œuvres complètes* VII, Gallimard, Paris 2012, p. 303.

⁵⁰ S. WEIL, *Œuvres complètes* V, 1, cit., p. 233.

⁵¹ *Ibid.*

⁵² *Ibid.*, p. 229.

⁵³ *Ibid.*, p. 231.

⁵⁴ S. WEIL, *Œuvres complètes*, IV, 1, Gallimard, Paris 2008, pp. 285-336.

esencial sobre el amor “indirecto” a Dios. Los cuadernos de esta época están plagados de referencias a lo divino; el redactado en Nueva York se publicó bajo el título *La connaissance surnaturelle (El conocimiento sobrenatural)*.

El mensaje central de la filósofa es la renuncia a uno mismo, a imitación de Dios. Para ella, Dios no es concebible como todopoderoso; pensarlo así sería negar su esencia: el amor. Su visión de Dios y de la creación puede resumirse con estas palabras suyas: “Dios hace existir este universo consintiendo en no mandar en él, aunque tenga el poder de hacerlo, y deja reinar en su lugar, por una parte, a la necesidad mecánica ligada a la materia, incluida la materia psíquica del alma, y por otra, a la esencial autonomía de las personas pensantes”⁵⁵. Y el hombre ha de imitar la renuncia de Dios “vaciándose de la falsa divinidad, negándose a sí mismo, renunciando a ser imaginariamente el centro del mundo” y admitiendo “el reino de la necesidad mecánica en la materia y la elección libre en el centro de cada alma”⁵⁶. Simone Weil propone asumir y amar la obediencia para “renunciar a ser una persona” y hacerse así reflejo de Dios⁵⁷. Desde esta orientación, Dios solo puede concebirse como impersonal, modelo para “una persona que se supera a sí misma renunciándose”⁵⁸. La vida humana tornada hacia Dios requiere la abdicación permanente. La obediencia —“tal es el principio creador y ordenador del universo, tal la plenitud del ser”— es la regla de vida y el “modelo divino, absoluto, de este renunciamiento en nosotros”⁵⁹.

En la lectura del Evangelio también halla rastro de lo impersonal divino. Así, en el Cuaderno de Nueva York, anota: “Dios es impersonal en el Evangelio... Debe ser impersonal para ser inocente del mal y personal por ser responsable del bien”⁶⁰. Y plasma poco después su concepción de Dios como amor, con la marca de la impotencia:

“Dios no tiene palabra para decir a su criatura: te odio.

Pero la criatura tiene palabras para decir a Dios: te odio.

En cierto sentido, la criatura es más poderosa que Dios. Puede odiar a Dios, pero Dios, por su parte, no puede odiarla”.

Esta impotencia hace de él una Persona impersonal. Ama, no como yo amo, sino como una esmeralda es verde. Es “Amo”.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 299.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 300.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 313.

⁵⁸ *Ibid.*

⁵⁹ *Ibid.*

⁶⁰ S. WEIL, *Œuvres complètes*, VI, 4, Gallimard, Paris 2006, p. 142.

Y yo, si estuviera en estado de perfección, también amaría como una esmeralda es verde. Sería una persona impersonal.

No podemos ir más allá de cierto punto en el camino de la perfección si pensamos a Dios únicamente como personal. Para ir más allá, hay que hacerse semejante —a fuerza de deseo— a una perfección impersonal⁶¹.

Dios no es ni persona todopoderosa ni persona al modo de la humana; es más bien “impotencia”. Se puede afirmar, con Robert Chenavier, que “Dios es imposibilidad de ser algo distinto a un don que renuncia al ejercicio de la fuerza”⁶². La abdicación de Dios provee a los seres humanos del modelo divino de persona impersonal. Se trata de un camino de perfección centrado en la negación de uno mismo y en la fidelidad al principio de “descreación”, el que, a través de la obediencia, conduce a la plenitud del ser. Para que Dios descienda, hay que lograr que no quede en nuestra alma ningún rescoldo del yo, que cesemos de pronunciar la palabra “yo”. Porque, en realidad, “decir ‘yo’ es mentir”⁶³.

Un aspecto esencial de esta concepción del mundo es la ausencia —podría interpretarse también como “lejanía”⁶⁴— de Dios: “Dios está ausente del mundo, salvo por la existencia en este mundo de aquellos en los que vive Su amor. Estos deben estar presentes al mundo por la misericordia. Su misericordia es la presencia visible de Dios aquí abajo”⁶⁵. La presencia de Dios es real en los gestos compasivos de esas personas y en minúsculos destellos de un “infinitamente pequeño”, vivo y real: “Según la causalidad directa, el poder de Dios aquí abajo es un infinitamente pequeño”⁶⁶. Diminutos fulgores divinos en gestos sencillos trazados en la vida y presentes de forma misteriosa en la vivencia interior de los desgraciados, aunque ellos no lo sepan. Un “infinitamente pequeño” en donde radica, además, la diferencia entre el comportamiento humano y el animal⁶⁷; tal distinción está presente en la noción de persona de los llamados personalistas, que Simone Weil no llegó a conocer ni a confrontar.

⁶¹ *Ibid.*, p. 171.

⁶² R. CHENAVER, Estudio introductorio a *La personne et le sacré*, *Œuvres complètes* V, 1, cit., p. 211.

⁶³ S. WEIL, *Œuvres complètes*, VI, 4, cit., p. 174.

⁶⁴ J. L. LÓPEZ ARANGUREN, “Lejanía y cercanía de nuestro tiempo a Dios”, *Obras completas*, vol. 1, Trotta, Madrid 1994, pp. 398-411. Es el último capítulo de *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia* (1952), una de cuyos protagonistas es precisamente Simone Weil.

⁶⁵ S. WEIL, *Œuvres complètes*, VI, 4, cit., p. 131.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 345.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 78.

En su interés por el catolicismo, se detuvo a pensar a Dios como Persona de la Santísima Trinidad, pero aquí interpreta “persona” partiendo de la acepción de máscara; nada aporta esta parte a nuestra reflexión: “Las tres ‘Personas’ de la Trinidad. *Persona* [máscara]. Las tres máscaras de Dios”⁶⁸.

6. Un artículo de Jean Lacroix

En Londres, para apoyar su trabajo, Simone Weil pidió varios ejemplares de los *Cahiers d'Uriage*⁶⁹, revista de la “Escuela nacional de dirigentes de Uriage”. En esta institución colaboraron Emmanuel Mounier, François Perroux, Jean Lacroix o Jean-Marie Domenach, entre otros pensadores de prestigio. A pesar de que la Escuela fue iniciativa del régimen de Vichy, se convirtió en un foco de Resistencia y la cerraron al final de 1942. Jean Lacroix, que jugó un papel importante en la Resistencia de la región de Lyon, estuvo junto a Mounier en la fundación de *Esprit* y su familia viviría en la comunidad de “Les murs blancs”, en Châtenay-Malabry. En marzo de 1942, *Cahiers d'Uriage* publicaba “Personne, individu et communauté”, de Jean Lacroix. Algunos estudiosos del pensamiento de Simone Weil sostienen que la lectura de este artículo habría llevado a la pensadora a un replanteamiento de su visión de la persona. Es el caso de Florence de Lussy, quien explica la influencia del texto de Lacroix por la presencia en él de “un humanismo abierto y promovedor de una suerte de cristianismo universal con el que [S. Weil] se siente más a gusto, indiscutiblemente”⁷⁰. Esta autora se acoge a las siguientes palabras de Lacroix, que, en su opinión, tuvieron que impresionar a nuestra filósofa: “Para evitar los peligros de un repliegue sobre uno mismo y de un personalismo cerrado, hay que enraizarse en lo real, entrar en conversación poética con el mundo, conocer, amar y hasta, en cierto sentido, respetar la naturaleza”⁷¹. Lo argumenta afirmando que Lacroix muestra una persona “en acto” cuya existencia se encarna y arraiga en lo real. Sin embargo, por más que Simone Weil se reconociese en la expresión citada, realizó una muy distinta lectura de la noción de persona. Y ningún cambio de pers-

⁶⁸ *Ibid.*, p. 294.

⁶⁹ *Cahiers d'Uriage* los editaba la *École nationale des cadres de la jeunesse d'Uriage* (ENU o ENCU), fundada bajo el régimen de Vichy en 1940, en el castillo de Uriage, cerca de Grenoble. La institución pertenecía al *Secrétariat général de la jeunesse* y nació para formar a las nuevas élites francesas. Pero se convirtió en núcleo de la Resistencia merced a profesores que reprobaban la colaboración del Gobierno de Vichy con el régimen nazi.

⁷⁰ S. WEIL, *L'Enracinement ou Prélude à une déclaration des devoirs envers l'être humain*, Paris, Flammarion, 2014. Edición a cargo de F. DE LUSSY y M. NARCY, De la Présentation de Florence de Lussy, p. 24. “Personne, individu et communauté” está en anexo en las páginas 439-455.

⁷¹ *Ibid.*, p. 452.

pectiva se aprecia en lo escrito en Londres. Así lo ve de Robert Chenavier, uno de los responsables de la edición crítica de las *Œuvres complètes* de Simone Weil y autor de los estudios introductorios del tomo V (*Écrits de New York et de Londres*). El autor sostiene que no hay ni siquiera constancia de que Simone Weil leyera el artículo de Lacroix y que no es posible sostener que quedase “fuertemente impregnada” de la noción de persona de “Personne, individu et communauté”. La razón principal es el tratamiento dado por Lacroix a lo individual y a lo comunitario en el texto, al presentarlos como categorías de la persona: “Así se obtiene el aspecto comunitario de la persona, correlativamente a su aspecto individual, ambos en relación recíproca y vinculados necesariamente”⁷². En Lacroix se da una clara reciprocidad entre individuo y comunidad, pues considera que la persona participa de las dos dimensiones al unísono y ambas la van configurando a lo largo de la vida. Pero en *La persona y lo sagrado* hallamos la idea contraria; Simone Weil pretende separar con nitidez los planos personal y colectivo: “la relación entre la colectividad y la persona deben esclarecerse, con el único objeto de separar cuanto es susceptible de impedir el crecimiento y la germinación misteriosa de la parte impersonal del alma”⁷³. Si las diferencias entre individuo y colectividad han de quedar bien fijadas, es precisamente para promover el desarrollo de lo impersonal en cada ser humano.

Hay una evidente diferencia de vocabulario entre Simone Weil y los personalistas, como indica Simone Fraisse en el artículo citado: no definen del mismo modo las nociones de persona, comunidad o impersonal. Pero en los *Escritos de Londres*, particularmente en *La persona y lo sagrado* o *El arraigo*, la cuestión no se resuelve, ni mucho menos. El sentido de esta afirmación del comienzo de *La persona y lo sagrado*: “el vocabulario de la moderna corriente de pensamiento llamada personalismo es erróneo”⁷⁴ no cambia ni en este trabajo ni en los demás. La problematicidad de la noción de persona tiene, pues, raíces más hondas, y no puede limitarse a una mera cuestión semántica.

7. Conclusiones

Simone Weil no llegó a conocer el personalismo como lo interpretaron Emmanuel Mounier y el círculo de *Esprit*. No tuvo de la filosofía personalista más referencias que las académicas, concretamente el citado *Le Personnalisme. Suivi d'une étude Sur la perception externe et sur la*

⁷² *Ibid.*, p. 445.

⁷³ S. WEIL, *Œuvres complètes*, V, 1, cit., p. 120.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 212.

force, de Charles Renouvier (1903), trabajo que la llevaría a interpretar el personalismo como doctrina de carácter burgués. A él hay que añadir el citado libro neoyorkino de Maritain, con esas alusiones a la prosperidad y a la plenitud de la vida humana, que tanto la incordiaron. Y tal vez otras obras de Maritain leídas con anterioridad, como *Humanismo integral* (1935), que no apreció mucho y no es una obra de cuño personalista.

Como escribe Robert Chenavier, “no hay ninguna razón para suponer que el siguiente texto [*La persona y lo sagrado*] ataque directamente a Mounier. Sin embargo, hay razones para pensar que Jacques Maritain está en la diana de ciertos pasajes”⁷⁵. De nuevo, el repetido reproche a Maritain por destacar la prosperidad o la realización como aspectos centrales de la persona. En la misma línea, Simone Fraisse afirma que cuando Simone Weil denuncia que el personalismo prospera en ambientes burgueses y no en medios populares, y que los personalistas pertenecen a un mundo “de escritores que, por su profesión, poseen o esperan adquirir un nombre y una reputación”, apunta hacia Jacques Maritain, por más que el autor no tuviera ninguna necesidad de hacerse famoso⁷⁶.

Aunque no se puede afirmar que Simone Weil es una pensadora personalista, sí contempla un rasgo esencial del personalismo: la apertura hacia el otro y de manera particular hacia el otro desdichado. Tal atención es firme y constante en su vida y está presente en sus escritos, sobre todo en textos como “El amor de Dios y la desdicha” o “Formas de amor implícito a Dios”. En este último, al tratar el amor al prójimo, queda patente el papel tan especial que jugó en su vida la atención a los desgraciados. Sus reflexiones tienen presente el mensaje evangélico: “en el texto del Evangelio, se trata únicamente de la presencia de Cristo en los desgraciados”⁷⁷. Aunque conviene decir que la atención a los más desfavorecidos no surgió en ella al impregnarse del amor de Cristo, sino que estuvo presente desde muy niña; hay abundantes testimonios en la biografía de Simone Pétrement y en otras. “Tratar al prójimo desgraciado con amor viene a ser como bautizarlo”⁷⁸, anota nuestra filósofa. Pero para llegar a semejante atención a los seres de desgracia es preciso “consentir uno mismo en la desgracia, es decir, en la propia destrucción”⁷⁹, y hacerlo desde el “punto secreto que se halla en el centro de la persona humana y

⁷⁵ R. CHENAVER, Introducción a *La persona y lo sagrado*, *Œuvres complètes* V, 1, cit., pp. 207-208.

⁷⁶ S. FRAISSE, *Cahiers Simone Weil*, VII, 2, p. 123.

⁷⁷ S. WEIL, *Œuvres complètes* IV, 1, cit., p. 287.

⁷⁸ *Ibid.*, 291.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 292.

es principio de renuncia”⁸⁰. Se refiere asimismo a una “atención creadora” que interpreta como “prestar realmente atención a lo que no existe”⁸¹ o vive acaso como “humanidad ausente”, ya que “la humanidad no existe en la carne anónima inerte, al borde del camino”⁸². En estas imágenes evangélicas pone Simone Weil su toque particular. Recuerda que quien da pan a otro por amor de Dios ya ha obtenido su recompensa. En el pasaje del juicio final, Cristo llama a los bienaventurados invocando esta razón: “tuve hambre y me disteis de comer”; y la filósofa subraya que sabiendo que se da de comer al mismo Cristo se recibe una recompensa. Por eso observa: “Cristo agradece a quienes no sabían a quién estaban dando de comer”⁸³. Nótese el aspecto impersonal de su lectura: no hay que exponerse a recibir bien alguno: el bien está “fuera”, en ese Dios que mendiga a la puerta y no entrará en nuestra casa mientras no la vaciemos de cuanto dice “yo”.

Simone Weil vivió una transformación de orden metafísico y religioso. Su visión del mundo en 1943 —año de su muerte— es muy diferente de la que tenía diez años atrás, cuando enseñaba filosofía y luchaba por mejorar los sindicatos. Aquella rebeldía que se topó con la reprobación de la administración y numerosas incomprensiones se mudaría en obediencia profunda, marcada por el consentimiento, incluso al mal, cuando procuraba la prevalencia del bien. La compasión, entendida ante todo como comunión con los seres de desgracia, terminó siendo en ella una suerte de “locura de amor”: “El resplandor de la belleza se difunde sobre la desgracia por la luz del espíritu de justicia y amor, el único que permite a una mente humana ver y reproducir la desgracia tal como es”⁸⁴.

La conclusión de estas reflexiones la tomamos prestada de Simone Fraisse, esposa de Paul Fraisse, amigo y colaborador de Mounier:

Simone Weil y los personalistas no podían ser adversarios. Pero se servían de un vocabulario opuesto, casi por completo, fuente evidente de malentendidos. Para concluir con esta querrela de las palabras, me gustaría citar algunas frases que Mounier escribió al secretario general de la Policía en julio de 1942:

Hace mucho tiempo, contribuí a lanzar la palabra *personalismo*. Hoy, a algunos les gusta cargarla de todos los peca-

⁸⁰ *Ibid.*, p. 293.

⁸¹ *Ibid.*

⁸² *Ibid.* Alusión a la Parábola del buen samaritano.

⁸³ *Ibid.*, p. 295.

⁸⁴ S. WEIL, *Œuvres complètes* V, 1, cit., pp. 231-232.

dos (...). Se hace del personalismo el refugio de un individualismo vergonzoso (...). Si alguien insulta con tu nombre, ¿se puede reivindicar para ese nombre el contenido que hemos elegido para él y no el que le han impuesto otros, para asumirlo o para combatirlo? (*Mounier et sa génération*, p. 340).

Nuestros dos autores eligieron cada cual un contenido diferente. ¡Eran libres de hacerlo! A nosotros nos toca descifrar el sentido oculto bajo las palabras de las que se sirven⁸⁵.

Algo así se ha tratado de hacer en estas páginas.

Bibliografía

- BROC-LAPEYRE, M., "Le passage de la personne à l'impersonnel", en FRANÇOIS L'YVONNET (dir.), *Simone Weil. Le grand passage*, Albin Michel, Paris 1994.
- CANCIANI, D., Introducción a *Una Costituente per l'Europa*, *Scritti londinesi*, Roma, Castelvecchi, 2013, pp. 48 sq.
- , "Contre le personnalisme: Mounier et Maritain? Les enjeux d'une polémique", dans *Cahiers Simone Weil*, XXXVIII 1, (mars 2015), p. 6 sq.
- LACROIX, J., "Personne, individu et communauté", *Cahiers d'Uriage*, 3^e année, n^o 29, mars 1942, pp. 9-20. En la edición citada de *L'Enracinement* (Flammarion, Paris 2014), pp. 439-445.
- LEWIS, C.S., *La abolición del hombre*, Ediciones Encuentro, Madrid 1998.
- LÓPEZ ARANGUREN, J.L., "Lejanía y cercanía de nuestro tiempo a Dios", *Obras completas*, vol. 1, Trotta, Madrid 1994, pp. 398-41.
- PAOLA G. DI NICOLA E DANESE, A. (Coord.), *Persona e impersonale. La questione antropologica in Simone Weil*, Rubbertino, Soveria Mannelli (CZ), 2009.
- FRAISSE, S., "Simone Weil, la personne et les droits de l'homme", dans *Cahiers Simone Weil* tome VII, n^o 2, juin 1984, pp. 120-132.
- PÉTREMENT, S., *La vie de Simone Weil*, Fayard, Paris 1997.
- SPRINGSTED, E. O., "Beyond the Personal: Weil's Critique of Maritain", in *Harvard Theological Review*, 98-2, (avril 2005), pp. 209-218.
- WEIL, S., *L'Enracinement ou Prélude à une déclaration des devoirs envers l'être humain*, Flammarion, collection Champs classiques, Paris 2014. Con Presentación, notas, variantes y anexos a cargo de Florence de Lussy y Michel Narcy.
- , *Attente de Dieu*, Fayard, Paris 1966, pp. 38-39.
- , *Œuvres complètes*, tome IV, vol. 1, *Écrits de Marseille (1940-1942)*, Gallimard, Paris 2008.

⁸⁵ S. FRAISSE, cit., p. 125.

- , Œuvres complètes, tome V, vol. 1, Écrits de New York et de Londres, Gallimard, Paris 2019.
- , Œuvres complètes, tome V, vol. 2, *L'Enracinement*, Gallimard, Paris 2013.
- , Œuvres complètes, tome VI, vol. 4 (juillet 1942 - juillet 1943), *La connaissance surnaturelle*, Gallimard, Paris 2006.
- , Œuvres complètes, tome VII, vol. 1, Correspondance familiale, Gallimard, Paris 2012.